

Pico della Mirandola. Piemme: Casale Monferrato, 1999

Autor:
Fumagalli Beonio Brocchieri, Mariáteresa

Revista
Patristica et Mediaevalia

1999, 20, 70-71



Artículo

FUMAGALLI BEONIO BROCCIERI, MT., *Pico della Mirandola*, Casale Monferrato, Piemme, 1999, 208 págs.

Es éste un excelente ensayo sobre Pico. Sería inexacto caracterizarlo como mera biografía, desde el momento en que excede los estrictos límites de la reconstrucción de un itinerario filosófico. En efecto, de la mano del *princeps Concordiae* la autora recorre las últimas décadas del siglo XV florentino, entrando –casi se diría, estéticamente– en su clima social e intelectual. Se vale para ello de una técnica tan clásica como eficaz: introduce en escena a los protagonistas que rodearon a su personaje, aun cuando nunca se hayan cruzado con él, como es el caso de Leonardo (pp. 38-43), sin cuya presencia el *tardo Quattrocento* de Pico sería aún más difícil de explicar.

Cuando de describir ese mundo se trata, la tentación que se impone es la de dejarse deslumbrar por su brillo. Pero es demasiado obvia para que Mariateresa Fumagalli caiga en ella; de ahí que ya en la Advertencia Preliminar se apresure a mencionar, a propósito de los *pueri* de Savonarola, el rostro negro de la época, con toda su violencia y su terror, en fin, con su dosis de miseria y de contradicción entre lo conversado en las cortes y lo gritado en las calles (pp. 10-16).

Al mundo de las primeras, al de Pico, pertenecen los grandes nombres del siglo XV florentino: Marsilio Ficino, Poliziano, Landino, el mismo Lorenzo de' Medici y tantos otros, cuyo retrato la autora logra dibujar con gran economía de trazos. Como es natural, no pueden darse coincidencias absolutas en este sentido. Compartimos, por ejemplo, su severa visión de Ficino, pero sin asumir la perspectiva que elige para Lorenzo sobre las huellas de Maquiavelo (pp. 59-65). Quizá la compleja personalidad laurenciana, de tantos aspectos diversos y hasta contradictorios, haya tenido un principio de explicación unitaria: la de su fundamental condición de artista, para quien aun el estado debía cincelarse como una obra de arte.

Sea de ello lo que fuere, la escena está dispuesta y a ella sube el Mirandolano para jugar su destino. Nos acercamos a la mitad del ensayo que entonces, desde el final del segundo de sus cuatro capítulos, cobra una gran rapidez. Es éste uno de sus mayores aciertos, justamente porque la vertiginosidad de la prosa corre pareja con la de los últimos años piquianos, que van desde 1486, cuando redacta las 900 *Conclusiones* que habrían de discutirse en la asamblea romana, hasta su muerte en 1494.

Para este período, el decisivo en la producción de Pico y el que le confiere su ubicación en la historia del pensamiento, Mariateresa Fumagalli opta por una presentación no lineal, ya que posterga el tratamiento de la *Oratio* preliminar a las *Tesis*, para anteponerle el correspondiente a éstas y a la *Apología* que Pico hubo de componer cuando fueron condenadas. Se trata de una opción legítima, ya que el célebre *Discurso* es, como señala explícitamente, la coronación de la labor piquiana (p. 118). Pero se corre así el riesgo de que el lector poco familiarizado con las obras del *princeps Concordiae* pierda de vista el sentido último de la disputa para la que las *Conclusiones* fueron redactadas: el sueño de una paz universal fundada en la concordia filosófica, en cuya importancia para Pico nunca se insistirá bastante. En cambio, son certeros en su síntesis los párrafos relativos a la evolución de estilo en la redacción piquiana, especialmente el que los cierra con una triple referencia a la madurez, al tipo de argumentación y a la cautela impuesta por las circunstancias (p. 121).

Las páginas dedicadas a "Las *Conclusiones* tan temidas" y, especialmente, las que abordan la *Apología* se cuentan, sin duda, entre las mejores de este ensayo. Lo son por el criterio que las preside: el de analizar "la variedad de los instrumentos a los que Pico apela para defender sus *Tesis*: análisis de términos, cautos y parciales reconocimientos de la posición oficial, recurso a *aucloritates* prestigiosas o indiscutidas como Agustín" (p.113). Sin embargo, para el destino del Mirandolano todas estas precauciones resultaron inútiles, como la autora muestra documentadamente.

No podía faltar una exposición del *Heptaplus*, titulada con precisión "Los secretos de Moisés", es decir, el séptuple comentario piquiano al Génesis, como tampoco podían estar ausentes las referencias al *De ente et uno* y a las *Disputationes adversus Astrologiam Divinatricem*, ambas obras abordadas en el mismo capítulo. En este sentido, tal vez hubiera sido preferible desglosar su tratamiento, dada su índole esencialmente diversa. El lector puede imponerse allí de la temática del *De ente et uno* y aun de su problema fundamental, formulado en las líneas finales del opúsculo: la posición definitiva de Pico acerca de la preeminencia del amor a Dios sobre el conocimiento de Él o a la inversa. Coincidimos con la apreciación de Fumagalli sobre este difícil problema: "Pico sabe que es locura tratar de conocer a Dios y hablar de Él, pero es una locura a la que nos ata inevitablemente nuestra condición humana, aun con sufrimiento y frustración" (p. 142). Quizá la clave de Pico radique en tal dolorosa locura, cuya contrapartida es la confianza en un Hombre digno de ese Padre, Uno e inefable. Pero, antes de llegar a ese último párrafo del *De ente*, tal vez convenga insistir en la empeñosa solidez filosófica de la argumentación, especialmente considerando el habitual prejuicio sobre la supuesta escasez de ella entre los humanistas.

Equilibrada es también la exposición de las *Disputationes* que han dado lugar a polémicas entre especialistas acerca de una eventual retractación de Pico respecto de su originaria posición sobre la astrología. Por nuestra parte, seguimos creyendo que el peso conferido al testimonio –sin duda, interesado y, por ende, dudoso– del savonaroliano Gianfrancesco ha ensombrecido de prejuicios la lectura del *Adversus Astrologiam Divinatricem*. Se trata, sin embargo, de una cuestión puntual que no es éste el lugar de dirimir.

Este ensayo, breve y rico, culmina coherentemente: con una observación de piquiana elegancia, a la que remitimos (p. 151), puesto que sería ilegítimo descontextualizar. Está acompañado de varios apéndices. El primero se dedica a "Pico visto por Voltaire" y reproduce una irreverente página volteriana que, aun con ironía inevitable, hace justicia al Mirandolano. El segundo ofrece una selección de cartas piquianas que contribuyen a iluminar retrospectivamente el itinerario recorrido. El tercero consigna una prolija serie de fichas biográficas de los principales personajes citados, trabajo a cargo de Stefano Simonetta. Finalmente, la profusa bibliografía da cuenta de los estudios que nuestro siglo ha dedicado a un pensador al que, por muchas razones, necesita volver.

No resta sino celebrar que una medievalista de la talla de Mariateresa Fumagalli haya incursionado, con solvencia y amenidad, en un mundo que otros historiadores de la filosofía injustificadamente desdeñan.

Silvia Magnavacca

NICOLÁS DE CUSA, *Un ignorante discurre acerca de la sabiduría (Idiota. De sapientia)*. Introducción, traducción y notas Jorge M. Machetta & Claudia D'Amico, colección *Temas medievales* (Dir. Francisco Bertelloni), ed. EUDEBA, Buenos Aires, 1999, 112 pp.

Si la historia de la filosofía en general puede ser concebida como un proceso problemático de temas, el trabajo sobre un pensador consistirá en primer término situarlo en la "complicación" de estos problemas y analizar sincrónica y diacrónicamente la "explicación" que ofrece su pensamiento filosófico. La unidad de la multiplicidad, el vínculo entre lo *Máximo absoluto* y el mundo, la infinitud en lo finito, la *mens humana* que intenta comprender el mundo exterior, el lugar en el que el indivi-